

LOS LÍMITES COMO DISPOSITIVO METODOLÓGICO PARA EL ANÁLISIS DE LAS PRÁCTICAS SOCIOESPACIALES EN LA CASA Y BARRIO. CASO DE ESTUDIO: BARRIOS CERRADOS DE CÓRDOBA

LIMITS AS A METHODOLOGICAL DEVICE FOR THE ANALYSIS OF SOCIO-SPATIAL PRACTICES IN THE HOUSE AND NEIGHBORHOOD. CASE STUDY: CLOSED NEIGHBORHOODS OF CÓRDOBA

Jael Bengualid ¹

RESUMEN

El presente artículo expone los avances y primeras aproximaciones a campo, con el objetivo de narrar cómo, a partir del recorrido del cuerpo erudito y las entrevistas exploratorias, se redefinen metodologías de abordaje al tema de investigación. Se realiza un análisis a partir de los discursos y del plano de las representaciones y las prácticas sociales y espaciales de los habitantes de la urbanización privada seleccionada, asumiendo las distancias y diferencias entre modos de habitar y estilos de vida en el barrio cerrado. Se busca incorporar la dimensión espacial, teniendo en cuenta la producción y apropiación de los actores y cómo éstas acciones reivindican su autoría en el espacio. Para ello, se diseña una herramienta metodológica a partir de los modos de uso de los espacios domésticos y las diferentes formas en que se manifiestan sus límites en relación a la casa y al barrio. Se adopta una perspectiva etnográfica, basada en entrevistas en profundidad a los residentes de un barrio cerrado de la ciudad de Córdoba y observación participante. El sentido final es intentar comprender qué sentido toman las actividades cotidianas para los sujetos que las realizan y cómo se construyen simultánea y recíprocamente las representaciones de los espacios de vida que las albergan y los sentidos que le dan los sujetos en diálogo.

PALABRAS CLAVE

Prácticas socio-espaciales; representaciones; vida cotidiana; barrios cerrados; límites

ABSTRACT

This article describes the advances and the first approach to field work with the purpose of showing how the approach to investigation is redefined thanks to the theoretical framework and exploratory interviews. An analysis is conducted on the basis of the speech, representations and from the social and spatial practices of the inhabitants in a chosen gated community, bearing in mind the distances and differences of habitats and lifestyle in the gated community. The spatial dimension is taken into account regarding the production and appropriation of the participants and how those actions assert their ownership in the space are taken into account. To accomplish this, a methodological tool has been developed considering the manner in which domestic spaces are used and the different ways the limits of domestic spaces occur in relation to the home and the neighbourhood. The approach is ethnographical, based on participating observation and thorough interviews to the inhabitants of the gated community in the city of Córdoba. The purpose of this research is to comprehend the meaning of the everyday activities for the people that perform them, how the representations of the living spaces are built simultaneously and reciprocally in the place that contains them and the meaning that the participants assign to those everyday activities in their speech.

KEYWORDS

Socio-spatial practices; Representations; daily life; closed neighborhoods; limits

¹ Arquitecta FAUD – UNC. Doctorando en Estudios Urbanos, ICo – UNGS con beca interna doctoral CONICET bajo la dirección de la Dra. Cecilia Marengo. Maestranda en Antropología Social FFyH – UNC. Adscripta egresada en Morfología 2 A y Arquitectura Paisajista B, FAUD – UNC.

Puntos de partida

Durante las últimas décadas, hemos presenciado grandes replanteos en numerosas disciplinas, desde las ciencias sociales, a la arquitectura y el urbanismo, tanto en sus ideologías como la puesta en crisis de la veracidad de los metarrelatos y los enfoques con que se los analiza. El campo de lo urbano es tal vez, uno de los más difusos y complejos. De hecho, ocurren muchas superposiciones y agregaciones con otras como la antropología, la sociología, la ecología, la psicología social, e incluso con el mismo urbanismo, pero sucede que suele caracterizarse a las sociedades urbanas en términos puramente inesenciales y abstractos, dejando de lado los actores y sus prácticas. La investigación en curso propone un abordaje complejo y transversal entre los temas, evitando enfoques endógenos, incorporando tanto las facetas espaciales-territoriales, como las que tienen que ver con los diferentes ámbitos de la vida social, desde una mirada etnográfica. Se orienta al estudio de ciudades, en específico a las formas de vida social que emergen en espacios periféricos y suburbanos; desde la perspectiva de aquellas personas que viven en barrios cerrados, poniendo bajo nueva luz, el entorno barrial y cómo son habitados. Se observa una carencia de estudios etnográficos enfocados en esta temática, en el medio local, por contraposición a la profusión de producción académica existente concentrada en el conurbano de Buenos Aires. En este artículo se presenta una propuesta de herramienta metodológica para ser usada y corroborada su utilidad en trabajo de campo. Primeramente, se caracteriza el barrio cerrado como ciudad amurallada, a partir de una articulación entre el espacio físico -de la arquitectura y el barrio- para avanzar luego con el espacio social mediante el estudio de las prácticas cotidianas; utilizando como lugar para la recolección de datos empíricos, un barrio cerrado de la ciudad de Córdoba.

Introducción: consideraciones generales y problematización

Si bien el fenómeno de la suburbanización de la metrópoli viene siendo estudiado por numerosas disciplinas, a los fines de este artículo no interesa tratar los enfoques y aportes sobre el tema. Estas reflexiones no son ajenas a la ciudad latinoamericana, ya que se reconocen múltiples factores que hacen que estas converjan en las perspectivas de “lo fragmentado”, con matices regionales propios. Esto se resume en modelos de ciudad desconcentrada y segregada, hablando en términos tanto espaciales como sociales, con numerosas formas de exclusión social, tomando a fines de este trabajo de investigación, el fenómeno de los barrios cerrados.

Mucho se ha hablado de cómo la tipología de ciudad amurallada se acopla bien a los principios del modelo neoliberal, que deviene en el territorio urbano insular: privatización de servicios, desregulación pública, mono funcionalidad de usos, individualismo, socialización selectiva y privilegio de los medios de transporte privados. Para situarnos contextualmente, se plantea escuetamente el marco del que emerge: las transformaciones del capitalismo desde los años 70 que en el caso de Argentina tuvieron su mayor impacto en la década de los 90 con el desarrollo de políticas neoliberales, que devinieron en grandes transformaciones económicas y estructurales del Estado, así como en el rol de las ciudades. Las nuevas construcciones de lo urbano llevaron a un abandono progresivo de la planificación en pos de una estrategia basada en la producción de una imagen de ciudad (Carman, 2006).

En este contexto de crecimiento de las desigualdades, el éxito de los barrios cerrados puede comprenderse como la manifestación espacial de la brecha (económica, cultural y política) que separa a los “ganadores” de la nueva economía post industrial y globalizada, y los “perdedores” del juego (Svampa, 2001). De modo que, aunque la fragmentación se materializa espacialmente de otras maneras además de los barrios cerrados, su aceptación por parte de los grupos sociales y la cristalización de sus representaciones, los convierten en un objeto digno de ser estudiado. Esto es porque se presentan como objetos específicos de consumo a partir de los regímenes de valor que se les atribuyen en su ubicación en el espacio y tiempo analizado. La circulación de objetos en el mercado nos resulta útil para reflexionar acerca del barrio cerrado, sus viviendas y espacios interiores en tanto

mercancías; y su imagen como objeto de distinción y manifestación del ser social de quien los habita. Así como los modelos de estilo de vida e imaginarios urbanos (o representaciones de la ciudad) que son recibidos por los agentes sociales y circulan constantemente entre ellos a través de la experiencia directa de vivir en el barrio; y a través de los medios, que hacen que las reproducciones de estas imágenes sean apropiadas, ajustadas e incorporadas a la vida práctica, o modo de habitar. Este trabajo se acerca a las nociones de ciudad desde una perspectiva antropológica, estudiando los sentidos de lugar y la subjetividad espacial en torno a la casa y los ámbitos externos a ella, en tanto primer lugar de construcción de sentidos.

Procesos de encapsulamiento y breve periplo de definición de postura metodológica

Si tomamos la acepción de Pedro Buraglia (1995), el barrio tradicional abierto presenta las siguientes características:

- * Articulador entre las diversas escalas de la vida social urbana, del individuo a la interacción entre grupos de personas.
- * Integrador de la vida familiar, adoptando la estructura urbana, donde cierta afinidad geográfica deviene en relaciones más fuertes de compadrazgo.
- * Referente espacial, como porción definida de territorio referente de localización física y existencial. Por su estructura y la forma, ofrece la posibilidad de orientación, indicándole donde se encuentra, qué puede hacer y cómo y cuándo se conectan otros lugares con el que uno se encuentra.
- * Generador de identidad; cierto principio de apropiación colectiva, rasgos de diferenciación de grupo y sentido de territorialidad, surge en un territorio definido como propio o como extensión del “espacio vital”.
- * Articulador entre diversos grados de privacidad; regulados mediante diversos niveles de cerramiento del espacio, en este caso, expresados mediante la muralla. Gradientes de privacidad entre lo público y privado, entre “el espacio propio” y “la vida mundana”. El barrio se constituye como elemento intermedio entre la vivienda y la ciudad.
- * Soporte para el desarrollo de las diversas fases del ciclo vital, como posibilidad de interacción y de soporte mutuo entre personas de diversa edad o condición.
- * Integrador de las redes sociales de solidaridad y apoyo a pautas de convivencia, donde ciertos comportamientos sociales consensuados circunscrito a un territorio físico, pueden trascender a formas de organización y gestión autónomas.

Según Guy Thuillier (2005), el espacio colectivo de afiliación para la población ya no es ni la localidad, ni el barrio (teniendo en cuenta su enfoque tradicional que implica diversidad socioeconómica), sino que este lugar de fraternidad se reduce a un enclave pequeño socialmente homogéneo, desligándose de la alteridad del resto de la ciudad. Todas estas funciones del barrio abierto mencionadas por Buraglia (1995), se consideran inaplicables o insuficientes para interpretar plenamente la dinámica y realidad actual de los barrios cerrados. Sin embargo, arrojan luz sobre muchos aspectos como las condiciones particulares en las que se desarrollan estas situaciones, como el aislamiento e inaccesibilidad de extraños a estos lugares y la sociabilidad en su interior. Asimismo, las imágenes bucólicas en su interior, el soporte mutuo para el desarrollo de ciertos valores, la seguridad en un contexto de desenvolvimiento en el cual el eje pareciera ser la calidad de vida, evocan la vida de barrio abierto.

Esta particularidad de inaccesibilidad implicó que las primeras entrevistas exploratorias se realizaran en el barrio al cual se tenía posibilidades de ingreso por relaciones de confianza previa. Estas primeras entrevistas permitieron observar elementos cotidianos de los habitantes, maneras de nombrar los fenómenos, prácticas banales, objetos o lugares a los que se les daba importancia, formas en que utilizan sus viviendas y los espacios aledaños y las formas en que se vinculan con sus vecinos inmediatos. Los emergentes surgidos de esta primera aproximación dieron pautas para elaborar nuevas lecturas que

difieren de las explicaciones legitimadas. Tal como se mencionó, se reconoce relacionado al estilo de vida propuesto en los barrios cerrados, una recreación de estos aspectos intrínsecamente vinculados a la sociabilidad barrial de la ciudad abierta, basada en el cultivo de las relaciones de vecindad, la confianza y la seguridad, supuestamente perdidos y relacionados a épocas pasadas. Aunque los barrios cerrados se desentiendan de los lugares comunes de la ciudad abierta, sus habitantes buscaban emular sus vivencias.

Si bien la metodología es meramente cualitativa, se incorporarán métodos complementarios para dar un seguimiento al proceso socio-territorial de los barrios cerrados, como la observación directa continua tanto en imágenes satelitales como en el lugar, como censos de vivienda y otros datos; dando una mirada excéntrica, o en palabras de Lindón (2000) “exógena”. Se propone un método de trabajo de campo, con herramientas fundadas en la etnografía, a fin de hacer visibles elementos no encuadrados en explicaciones generales o en otros métodos, como, por ejemplo, las “perspectivas nativas”. Esas últimas deberían ser entendidas más como un punto de vista “vivencial” (formas de hacer y crear vida social) y menos como un punto de vista “intelectual” (formas de concebir y significar mundos), especialmente teniendo en cuenta que lo que estudiamos son los modos en que la gente habita.

La idea de incorporar las dimensiones subjetivas tiene que ver con evitar una mirada desde afuera, meramente teórica. El trabajo de campo es la clave que permitirá comprender la presencia de otros fenómenos y procesos a nivel micro y no tangibles. A estos efectos, nos detenemos en la afirmación de Guber (1991: 79) donde aquel que investiga debe tomar una actitud comprometida frente a “contrastar y reformular sus sistemas explicativos, a partir de los sistemas observados”, o sea, que predomina la “perspectiva del actor” como fundamento empírico, frente a las construcciones analíticas. Esto es útil en la medida que prioriza la perspectiva del actor como un “universo de referencia compartido —no siempre verbalizable— que subyace y articula el conjunto de prácticas, nociones y sentidos, organizados por la interpretación y actividad de los sujetos sociales”. Suponiendo que ese universo “tiene existencia empírica, aunque su formulación, construcción e implicancias estén definidas desde la teoría” (Guber, 1991: 75). Así se supone una producción intersubjetiva de conocimientos coprotagonizada por el etnógrafo y los sujetos con que toma contacto durante el curso de su trabajo de campo (Clifford, 2003).

En el diseño de la herramienta metodológica que se expondrá a continuación, se tuvo en cuenta el análisis del discurso como fuerza performativa estructurante de la realidad (Laclau y Moffe, 1979) en la que la explicación de los sujetos y su acción de grupo se piensa a partir de una producción social de significaciones. Desde esta visión, sus dos características principales, por un lado, la perspectiva comunicacional, y por el otro, lo discursivo, fueron muy útiles para pensar los lugares a partir de cómo se habla de ellos. Especialmente, se entiende lo discursivo como algo que no es meramente lingüístico, por lo que el espacio urbano y el espacio doméstico también pueden considerarse un discurso ya que dependen de las disputas en el terreno y los modos de estar en él. Se procura rastrear aquellas regularidades dentro de la gran dispersión de discursos para detectar aquellas articulaciones que dan forma y sentido a la ciudad. Éstos discursos configuran las distintas entidades vecinales, en este caso un barrio cerrado, junto con las configuraciones de la ciudad y su adición o separación de ella.

Por otro lado, se complementa con la perspectiva comunicacional basada en la producción de significaciones que entiende los procesos sociales como fenómenos que no pueden desvincularse de sus dimensiones significantes, devenidas de un proceso continuo e ininterrumpido, no atribuidas a un grupo o individuo en particular. Por eso los sujetos se constituyen y diferencian dando forma a su entorno en un proceso permanente de resistencias para poder establecer “lo que las cosas son”. Entonces entendemos que las identidades son efectos de procesos que no provienen de una única fuente que origina su sentido y que muchas veces se establecen mediante metáforas, que tienen la virtud de ampliar nuestra mirada de una manera creativa.

De más está decir que estos discursos no agotan las posibles configuraciones de identidades barriales,

sino que existen en relación de mutua determinación y en permanente configuración y transformación con otros. En síntesis, en términos metodológicos, se propone una investigación cualitativa de carácter exploratorio, cuyo abordaje se inició con entrevistas individuales y grupales a residentes de barrios cerrados que llevasen más de cinco años viviendo en el lugar y datos extraídos de observaciones de campo, a fin de dar cuenta de la construcción de representaciones y las posibles tensiones y quiebres presentes en su reproducción.

Representaciones, vida cotidiana y ser social de los habitantes

La vida cotidiana en las sociedades occidentales no puede ser reducida a una dinámica simple, ya que es la plataforma en la que las actividades humanas modelan las relaciones sociales en pos de su reproducción. Podemos establecer un paralelismo entre las representaciones y las legitimaciones de los gustos, ya que tanto la vida cotidiana como las representaciones sociales dotan al individuo de un conocimiento, que le dicta cómo actuar, guiando sus comportamientos, decisiones y prácticas en un sistema tanto de anticipaciones como de expectativas (Bourdieu, 1991). Sin embargo, el hecho de que las representaciones sean generadas y compartidas socialmente, no implica que sean genéricas y homogeneizantes, en el sentido que no son universales para todos los sujetos de la misma realidad social. Éstas no son objetos en sí mismos, y mucho menos se encuentran suspendidas al libre albedrío en el espacio social, sino que se incorporan al pensamiento de los agentes. No son una simple interpretación de la realidad, sino que son un proceso de su producción, y viceversa, también la realidad social impone condiciones de interpretación y construcción de significados.

Así como la vida cotidiana, las representaciones se configuran por dos mecanismos: la objetivación y el anclaje (Goffman, 1959). La primera, como un proceso de transformación de información abstracta en conocimiento concreto a través de la comunicación, que culmina con la conformación de significados figurativos, metafóricos y simbólicos que son puntos de referencia compartidos acerca de un objeto. El segundo, como un proceso mediante el que las imágenes y significados del objeto de representación -constituido en el proceso anterior- pasa a formar parte de los conocimientos y creencias del agente (Clémence, 2001), permitiendo clasificar los acontecimientos en tipos respecto a los que se definirán a los otros individuos o grupos. Aquí se explica cómo las representaciones sociales, en cuanto a imágenes y significados que se le adjudican al objeto representan la ideología de grupo. En efecto, las representaciones tienen un doble fin: hacer que lo extraño resulte familiar y lo invisible, perceptible (Farr, 1986: 503), significando que una de las funciones de las representaciones sociales consiste en que el agente perciba su realidad como algo dado (normal, natural), siendo este sistema de códigos, una parte de uno con la que se siente plenamente identificado, contribuyendo a la configuración de la identidad de los agentes tanto individual como grupalmente.

En resumen, las representaciones terminan funcionando como una especie de lente a través del que se dota de significado a la realidad social, así como también para poder elaborar esta realidad social. Estos códigos expresan una ideología de grupo, siendo un conjunto de códigos que manifiestan una síntesis simbólica de todos los ámbitos del campo social, como condición para su producción. Entonces, las representaciones sociales, al llevar en su contenido los códigos del grupo, manifiestan sus formas ideológicas, por lo que, para conocerlas, hace falta analizarlas. Siguiendo estos pensamientos, una vez superado el valor de la casa como mero lugar donde vivir, se supone una inversión extra de valor en la producción del producto-casa que tiene que ver con los gustos, practicidad, economía, calidad, etc. Entonces, las propiedades del producto-casa son definidos por la relación entre sus características objetivas y los esquemas estéticos y éticos que estructuran cómo se percibe y aprecia, ya que su objetivo es hacer resurgir las experiencias en torno a la casa que son “comunes, triviales” -en relación a la tradición cultural, como la relación estructura de los espacios interiores, la relación entre el espacio doméstico y el público- y a su vez, “singulares y únicas” por formar parte de la historia personal, parafraseando a Pierre Bourdieu (1991). De modo que las valoraciones de las casas como productos

para ser consumidos, dependen más de su valor signo (de distinción) en un espacio y tiempo, que de su valor de uso determinado por las propiedades objetivas intrínsecas del objeto (Appadurai, 1986). Una clase se define por su ser percibido tanto como por su ser; por su consumo –que no tiene necesidad de ser ostentoso para ser simbólico– tanto como por su posición en las relaciones de producción. La relación entre agentes, espacio doméstico y signos de distinción van de la mano con la sociedad de consumo, ya que esta ha colonizado cada vez más en los ámbitos privados, influyendo en sus conductas y aspiraciones, siendo la vivienda uno de los ejes fundamentales del espacio privado. La construcción de un tipo ideal de vivienda y espacios colindantes, permite analizar las percepciones en torno al barrio, zona, tipo de casa y ambientación, así como vislumbrar los imaginarios que refieren al gusto legítimo, en los contextos mencionados de fragmentación social, espacial y posicionamiento social basada en la homogeneidad, diferenciando a los de adentro y a los de afuera.

Mencionamos la importancia de la imagen de la ciudad en cuanto a sus representaciones y legitimaciones y como estas se trasladan al estilo de vida en el barrio cerrado. Tal vez la mejor manera de abordar esta temática, es insertar a los barrios cerrados en el lugar que los colocó la retórica publicitaria de los años 90, con ciertas actualizaciones de discursos respecto a cómo se apunta a producir estilos de vida estandarizados, condensados con determinadas fórmulas que sintetizan “nueva calidad de vida”, en términos de seguridad privada, contacto con la naturaleza, relacionado a los clubes de campo, a la vida deportiva, colaborando con los procesos de homogeneización cultural y respondiendo a la consigna de “vivir bien” que articula las transformaciones culturales del espacio doméstico, emergiendo la casa como fachada del estatus y manifestándose como el ser social del habitante.

Estas representaciones tienen un impacto masivo en estos los grupos que ocupan estos barrios, dando un nuevo marco para la cultura y la vida cotidiana. Esto produce una nueva atracción por las formas de vida urbana, antes estigmatizadas, resemantizando los aspectos negativos de los suburbios, que no representan ni al campo ni a la ciudad (Strathern, 1993: 191), de modo que sus representaciones se terminan instalando como elementos constitutivos de los procesos culturales, mediante su difusión mediática de imágenes, conductas y estéticas y afianzándose mediante las culturas materiales.

Muchos de los signos que se adoptan, imprimen en la manifestación física del habitar, la casa, el significado de un progreso nuevo y privilegiado, cuyas representaciones responden a lógicas que tienen que ver con la globalización. Pero, llegar un barrio cerrado con lo que Arizaga llama “imaginario de llegada” (2004), construido y acuñado por los medios, presenta un gran problema en cuanto a lo que el habitar es para el sujeto antes de ocupar efectivamente la vivienda; aquella que habita antes de mudarse al barrio cerrado, aquella que está habitando antes de que exista -formada de imaginarios cuando se la pide el arquitecto y cuando éste la diseña.

Parte de este trabajo de investigación relativiza la eficacia del estilo de vida en los barrios cerrados y los verdaderos modos de habitar en cuanto a las prácticas familiares y sus representaciones en los espacios domésticos. Más allá de las consecuencias prácticas que estos fenómenos que he explicado han tenido en la sociedad, es interesante ver la huella profunda que han dejado en las representaciones de la vida en un barrio cerrado. Cuando se ocupa la vivienda se plantea un nuevo habitar que exige múltiples reflexiones, sobre todo en el caso de sujetos que se están sumando al consumo de estas representaciones y se plantean como pregunta crucial: ¿por dónde se empieza? ¿Qué se incorpora y qué se deja de lado? ¿De qué se desliga el habitante?

Las representaciones a veces están tan arraigadas que pareciera que los habitantes del barrio cerrado actúan con una limitada oferta, bajo la tutela del grupo que habita el resto del barrio y a quienes tienen que responder como leyes normales de la ciudad. Casi como si los consumidores tuvieran que cumplir una obligación con la industria y la publicidad. Sin embargo, a pesar de que las representaciones asociadas al estilo de vida en el interior de las urbanizaciones cerradas se plantean como homogéneas, pareciera que no todas se cumplen al pie de la letra como la plantean las publicidades y el discurso externo a los habitantes.

El límite, el doble límite y los espacios intermedios para el análisis de la fragmentación de la ciudad

Históricamente, si observamos la casa burguesa, que comenzó a sufrir grandes transformaciones a principios del siglo XX, iniciando un proceso de diferenciación entre lo público y lo privado y con ello un importante cambio en la organización de la vida cotidiana de quienes las habitaban. Un factor que determinó esta diferenciación de lugares fue la salida del trabajo de la esfera doméstica, cambiando las normas de uso y comportamiento en sus ámbitos. La casa se constituyó en el espacio privado, el espacio de la familia y definió que lo que ocurra en el universo doméstico, pertenece estrictamente a la vida íntima: la vida privada, manifestada dentro de sus límites.

Esto también se visibilizó en los medios aconsejando al público sobre la construcción de los interiores modernos y la nueva forma de utilización de los espacios ante la reducción de sus dimensiones respecto a las viviendas tradicionales. Si la casa burguesa tenía límites bien definidos, siendo esta su característica principal; la casa de hoy empieza a buscar desdibujar sus límites físicos a partir de las prácticas que se realizan en los espacios, que hacen que ciertos lugares se extiendan hacia el público y otros lugares se replieguen.

Hoy en día muchas imágenes, relaciones o hábitos familiares y de espacio doméstico producen inflexiones y confusiones entre lo que es la ciudad abierta y la ciudad cerrada que deviene en una realidad distorsionada donde el límite ya no es tan importante en su parte material y física de muralla que separa el barrio cerrado del resto de la ciudad abierta, sino los matices de su rol que se empiezan a manifestar hacia dentro que permiten la interacción de los grupos sociales que habitan el barrio cerrado.

A continuación, se expondrá brevemente cómo diferentes nociones de límites manifestadas en los barrios cerrados sirvieron como dispositivos para pensar la relación de los espacios de las casas. En cuanto a sus espacios hacia adentro, las casas hacia afuera en relación al barrio y el barrio en relación a la ciudad, y principalmente, los gradientes que permitieron comenzar a ver que esta no es una realidad determinante, sino más bien matizada, a través de diferentes ejemplos, autores y preguntas que surgieron en las primeras aproximaciones al objeto empírico. Por otra parte, cómo estas sirvieron para comenzar a delinear una herramienta metodológica que será puesta a prueba en futuras visitas a campo para poder verificar sus posibles utilidades y ajustes.

El límite y no-límite

Ampliando lo desarrollado, Girola (2005) establece que a partir de los 90, los conjuntos residenciales con seguridad implicaron un traslado de los sectores medios y altos hacia espacios alejados de la ciudad-centro, generando una nueva forma de ocupación material y simbólica de los suburbios de las grandes ciudades. Lo desarrolla a partir de dos categorías analíticas en relación a los barrios cerrados: la nueva segregación/fragmentación urbana y el urbanismo afinitario. La acepción del término segregación da cuenta de situaciones urbano-residenciales extremas y contrastantes como el aislamiento que padecen los sectores desfavorecidos y, por otro lado, el aislamiento voluntario de los sectores acomodados en las urbanizaciones privadas o cerradas. Este segundo efecto produce como resultado, un doble proceso: el cerramiento de un espacio mediante barreras físicas y la conformación de un grupo socialmente homogéneo. El cerramiento del espacio mediante barreras físicas (fragmentación) genera separaciones rígidas entre el adentro/ afuera, lo privado/público, la seguridad/inseguridad.

Asumiendo al límite como una línea que parte el plano en dos, sin espesor ni entidad en sí misma, adquiere la identidad que los sujetos deciden darle: si la línea se cierra sobre sí misma se genera un espacio positivo y uno negativo, definiéndose por oposición un adentro/afuera. En este caso, las diferencias se acentúan aún más, ya que el interior quedará contenido en el exterior. Nos encontramos con líneas cerradas en sí mismas, muralla alrededor del barrio con seguridad que lo separa del resto

de la ciudad, las líneas de parcela que determinan legalmente dos propiedades diferentes. Pareciera que el deber de la ordenación urbanística consistiese en definir líneas, establecer entidades y marcar distancias, sea de concreción física, arquitectónica, constructiva o social.

Sin embargo, teniendo en cuenta que, en el interior de estos barrios, el sentimiento de afinidad y de seguridad hace que la gente se “relaje”, haciendo que los símbolos de distinción entre iguales sean mucho más evidentes y que los límites se diluyan, exponiendo los gustos legitimados frente a los vecinos sin temor.

Resultó muy útil para ilustrar esquemáticamente las diferencias entre privado/público y adentro/afuera, la obra de arte de Dan Graham, en su trabajo *“Alteration to a suburban house”* (1978-1987) (Figura 1) donde critica la arquitectura de los suburbios norteamericanos, no en cuanto a problemas formales de la vivienda, sino ideológicamente respecto a la percepción y al sentido del espacio habitable: los adentros y afueras, lo que se deja ver y lo que no se deja ver de uno, el exhibicionismo de símbolos y vida privada, permitido solamente dentro de los fuertes muros y murallas de un barrio cerrado. Asimismo, representa el constante monitoreo al que están expuestas las personas, especialmente en los barrios cerrados, como una mediación de presencia intensa entre el sujeto y el espacio habitado, siendo esta vigilancia una suerte de sometimiento al espacio arquitectónico.

Detectar esta noción de cómo “lo expuesto”, “lo público”, tiende a penetrar cada vez más en lo privado, parte de cómo se expresa la fachada de una típica casa suburbana, que se ha eliminado y sustituido por un plano completamente vidriado. Un espejo paralelo a la fachada de vidrio hace el espacio de la vivienda doblemente público, en cuanto público, lo que se exhibe. Como el espejo mira a la fachada de vidrio y a la calle, refleja no sólo el interior de la casa, sino también la calle y el entorno exterior de la casa. Las imágenes reflejadas de las fachadas de las dos casas opuestas “rellenan” la fachada ausente. Las personas “en el exterior” son expuestas doblemente. No sólo se exponen a que las vean las que están adentro, sino que se ven a sí mismas expuestas y vistas por otras siendo público y actor, exhibido y voyeur. El sujeto no está ni dentro ni fuera de la casa.



Fig. 1: | Dan Graham | *“Alteration to a suburban house”* (1978-1987) Fuente: Graham, D. (1978) *Alteration to a Suburban House* [Figura] Recuperado de <http://www.moma.org/collection/works/147054?locale>

Esto ilustra que las alteraciones de la vivienda siempre implican cierto momento de proceso, exponiendo elementos previamente ocultos a la vista. Al eliminar la fachada se revelan tanto la estructura física del interior de la casa, la social de quienes la habitan y las relaciones hacia afuera que sustentan esa estructura social. La fachada es una “ventana a la domesticidad” que permite conocer la vida de la gente que la habita, ya que no se expone el interior ni un espacio privado (o por lo menos, no más privado que una vidriera, un showroom, o una celebridad a quien se le hace una entrevista en su casa para una revista), sino que termina revelando una representación pública de vida doméstica convencional en un barrio cerrado. En palabras de Graham (1993 [1978]): “una imagen de la normalidad socialmente aceptada, que vende el sueño americano de la clase media y como una valla publicitaria en la que los ojos de los transeúntes no se detendrán demasiado, darán una ojeada fugaz y furtiva, como no queriendo saber demasiado o detectar algo fuera de lo ordinario”. Según esta descripción del autor,

no es que el espectador sea cortés al no mirar hacia adentro, sino que no lo hace porque es su propia identidad lo que está en juego. A su vez, esta sobre exhibición es paradójica y lleva a hacerse preguntas ya que se asume que, en los barrios cerrados, todo transeúnte es un sospechoso y un intruso. En estas urbanizaciones, los ventanales se convierten en una suerte pantalla de identificación, una forma de espejo de sí mismos. En estos ámbitos tan herméticos y de cercanía en campo social, sus habitantes no se guían solo por la publicidad para conformar su modo de habitar, sino que sus conductas y hábitos de consumo son en parte también determinados por sus vecinos.

La obra de Graham es un recurso más a analizar como texto y discurso del modo de habitar y del estilo de vida. Afirmamos, por ello, que la casa es otro medio de comunicación de estas categorías.

El doble límite

Alicia Lindón (2006) plantea que a partir de la expansión metropolitana y el proceso de suburbanización se produce la deconstrucción de la ciudad, implicando, a su vez, una deconstrucción de la vida social y simbólica imbricada en las formas espaciales urbanas. La autora, así como esta investigación, se enfoca en el punto de vista del habitante, estudiando los espacios domésticos en tanto espacios vividos, planteando que “las grandes ciudades actuales han llevado a redefinir el sentido de la casa, pero esa nueva concepción tiene implicaciones considerables en la ciudad misma” (Lindón, 2006:24), porque el fenómeno de resemantización de la casa construye la ciudad, ya que esta fragmentación de la que hablamos se ve manifestada en una adición de casas próximas unas a las otras vinculándose, la mayoría de las veces, entre desconocidos. Existe además una alta valoración social y estima social en los cerramientos de fronteras (con una fuerte carga simbólica) de la manera más hermética respecto al exterior (Lindón 2006: 27).

Para trabajar con los valores del producto barrio-cerrado se hace imprescindible tener en cuenta el ideal, desarrollado anteriormente, de una comunidad purificada que el enclave intenta sostener tras las murallas (vínculo de comunidad con identidad común y hacer desaparecer el conflicto de la alteridad, con hincapié en construir un nosotros acabado y definitivo para resguardarse de los cambios y desplazamientos sociales). Por ello, la coherencia grupal basada en el sentido de pertenencia, da orden. Cuando realmente existe un conflicto entre lo público y lo privado; cuando lo público se vuelve agresivo, y lo privado receloso, la línea se erige fuerte y sin franjas de tolerancia, como observamos en la muralla que separa el barrio cerrado. Entonces, el cerramiento de los barrios, si bien es una modalidad que se ha impuesto en muchas ciudades del mundo desde hace décadas, en el caso de Córdoba reviste un cambio cualitativo en cuanto al uso del espacio ya que tradicionalmente responde un paradigma de ciudad abierta, un lugar de intercambio heterogéneo con otros múltiples. Siguiendo esta idea, los procesos de suburbanización privada se presentan como efectos de esta época en cuanto a actitudes, prácticas y representaciones particulares de los habitantes. Es aquí donde se asume la riqueza del objeto de estudio, que simboliza e impacta en la materialidad de lo cotidiano -como sistema de creencias, costumbres, edificación y otras formas de vida social-, que interactúan dinámicamente modificando los cambios en los modos de habitar y en las representaciones de los estilos de vida en un barrio cerrado. Más aun, como mencionamos anteriormente, siguen emulándose los rasgos de la ciudad abierta como auténtico modo de habitar la ciudad cordobesa, regulado por esta doble protección de este doble cerramiento. Se considera por ello altamente significativo el análisis de los aspectos socioculturales y su vinculación con el resto de la ciudad y la dinámica de la realidad cordobesa respecto a la fragmentación socioespacial y sus procesos de homogeneización/fragmentación.

Se asume que el hombre produce su mundo -de los usos, cosas y lenguajes- y el medio ambiente donde habita. Ambos son espacios de interacción de las actividades humanas y permiten la reproducción de la vida cotidiana, como prácticas espontáneas y repetitivas. La casa es la zona de praxis para ello. La voz de los consumidores del discurso publicitario para interpretar el tipo legitimado de vivienda

como espacio del “buen vivir”, es fundamental para la interpretación del énfasis entre los procesos de distinción en el interior y el exterior de los barrios cerrados, y poner en evidencia la producción de significados en su interior, que es mucho más franca al tener esta doble frontera protectora.

Los sujetos que habitan su casa pueden construir, simbólicamente y/o materialmente, muros o fuertes murallas para sentirse seguros y protegidos dentro de estos. En estos conjuntos residenciales de bajísima densidad, existen simbólicamente y materialmente dos murallas entre cada casa, una el límite de la vivienda con respecto al espacio común del barrio y otra, mucho más fuerte y marcada con respecto al “afuera” (Lindón, 2006: 27). En este sentido, en los barrios cerrados existe una doble frontera: si bien en su interior no se mantienen estas separaciones herméticas de la casa respecto al medio circundante, mientras que luego sí se interpone una segunda frontera que separa al conjunto del barrio con el exterior de manera fuerte y determinante.

¿Cómo son las fronteras simbólicas entre lo “privado” y lo “público” dentro del barrio cerrado? ¿Cómo se enfatizan y cómo se materializan los límites? ¿Cómo se perciben esos límites? ¿Cómo percibe cada persona esta fragmentación y la multiplicidad de muros y barreras?

Los espacios intermedios

Pensando en esta dualidad de posibles y diferentes “adentros” y “afueras”, la inclusión y exhibición que permite esta apertura hacia adentro del barrio cerrado, genera una discusión sobre la disolución de los límites entre lo privado y lo público. Esto es porque en el interior de un barrio cerrado, las líneas entre las viviendas y el espacio del barrio parecieran volverse discontinuas, existiendo cierta permeabilidad entre interior/exterior, siendo estos espacios activos donde las prácticas salen de la casa a la calle y a su vez, estas entran en la vivienda.

En las primeras aproximaciones a campo, el ámbito de la ciudad se hizo inabarcable e inabordable por lo que se hizo necesario un abordaje al tema, no desde la micro escala, sino desde la escala de un barrio cerrado de pocas manzanas. A su vez, a medida que iban surgiendo planteamientos de los habitantes del barrio relacionados a cómo se utilizaban los espacios de la casa, (y más importante, cómo se utilizan los espacios de afuera de la casa en relación al resto del barrio cerrado), éstos sirvieron como dispositivos para hacerme preguntas sobre los posibles “adentros” y “afueras” del barrio en sí mismo y respecto al resto de la ciudad, así como el carácter de las fronteras simbólicas entre lo “privado” y lo “público” de las casas en el barrio y del barrio respecto a la ciudad; las prácticas que se desarrollaban en ellos y cómo se definían, para poder integrar una apertura a esta escala de análisis.

Siguiendo con los razonamientos planteados, así como una línea continua podría ser un muro, otras veces esta línea es mucho más sutil, mucho más débil, siendo una línea discontinua. Los tramos ausentes de la línea: ventanas, puertas, vanos, entre otros, no tienen una translación física muy palpable: por ello el límite se transforma en una franja con espesor que no pertenece ni a un lado ni a otro, pudiendo considerársela como una entidad propia, entonces aparecen como lugares con calidades espaciales. Membranas que son una entidad en sí misma, no sólo el límite donde termina cada uno de los lados. *Outro mundo* (Da Matta, 1997), *engawas* japoneses, llamados *thresholds* en inglés, o espacios intermedios, en nuestro caso.

Los espacios, aparentemente estáticos que nos dicen cómo actuar en este objeto cultural arquitectónico, *lo duro* (De Certeau, 1987) comunican plenamente el espacio activo de los medios de comunicación y se ligan a la experiencia de las acciones que suceden adentro, la esfera de lo cotidiano. En cuanto la acción cesa, el espacio desaparece. Quedan solo como ideas, ya que son representaciones de símbolos, lo blando del espacio, las prácticas culturales, las maneras de hacer casi insignificantes, temporales, ocasionales que proliferan diseminadas en los espacios de la constricción que nos plantea el programa duro de la arquitectura. Aquí es donde aparecen las brechas y las resistencias de las que hablamos,

que se manifiestan como apropiación plena del espacio, donde el sujeto es propietario y creador de ese espacio intermedio, sin ser un receptor pasivo, sino su reconstructor.

Roberto Da Matta (1997), plantea que existen diferentes esferas de significación social que separan contextos y configuran actitudes y contienen visiones del mundo o “éticas particulares”. ¿Estas esferas de sentidos son la casa, la calle y otro mundo, que ordenan nuestra forma de actuar en determinados contextos regulando nuestro comportamiento? El autor además esgrime que existe una oposición compleja, dinámica y relativa de la casa y la calle, ya que ambas se reproducen mutuamente “puesto que hay espacios en la calle que pueden ser cerrados o apropiados por un grupo, categoría social o personas, volviéndose su “casa”, o su “punto”. Así como la calle tiene espacios de “*moradia*”² y/o de ocupación, la casa también tiene espacios “*arruados*” (Da Matta 1997: 55)³. Estos espacios intermedios se construyen con elementos que establecen relaciones a modo de puentes entre el interior y el exterior, pero no forman parte de ninguno de los dos lados; son otro tipo de espacio -como las ventanas, balcones, galerías, las salas de visita, las cocinas, las entradas de servicio, patios, jardines, invernaderos o porches. De esta manera se generan espacios intermedios entre lo “público” y lo “privado”. No forman parte del interior ni del exterior. Se piensan a partir de la voluntad de construir una franja de tolerancia a partir de la duplicación de esta línea discontinua que mencionamos. Una estrategia encaminada a difuminar los límites público/privado, casa/barrio, barrio/ciudad; una estrategia que favorezca espacios con sensación de cobijo, y a la vez, de intercambio, un lugar que puede resultar acogedor para la persona y, al mismo tiempo, ser ajeno; cohabitación entre cobijo e intemperie. La permeabilidad de este espacio membrana tanto hacia el exterior como hacia el interior hace posible que usos y objetos de los dos lados la contaminen. Aire y plantas del exterior, sillas y libros del interior, adquiriendo una identidad tan potente como cada uno de los dos lados. Son un lugar donde la apariencia personal puede ser controlada, un espacio donde la gente que no sea invitada puede ser recibida y que se exhiba ante ellos solamente una porción controlada por el sujeto de su ser social. Además, mientras que los espacios externos son profanos, la vivienda es simbólica, ya que los umbrales no solamente controlan el acceso y la visibilidad entre estos dos dominios, sino que también, desde la perspectiva antropológica, regulan la materia “contaminada”. En suma, son un espacio ambiguo, ni público ni privado, ni sagrado ni profano, al cual se atribuye una forma espacial y funciones rituales para impedir que una materia no deseada contamine la casa.

Al preguntar sobre el uso de estos lugares, en las respuestas se ve implicado el efecto borroso que se obtiene tanto destruyendo la claridad de las figuras de los niveles a los que estamos acostumbrados transitar, la legibilidad del piso, techo, muro, ventana y puerta, como el desdibujamiento de las actividades que en teoría les corresponde que debiésemos realizar en ellos. Los actores que utilizan estos espacios parecen reflexionar sobre la (in)definición de los límites físicos tanto de la casa como de su uso, reparando en los dilemas duales sobre fondo/figura, adentro/afuera, público/privado, mueble/inmueble, etc., que, disolviéndose a partir de la ambigüedad, desde su formalización espacial y desde lo programático.

Estos espacios intermedios retienen novedosamente un significado en cuanto a espacios “en blanco”, posibles de configurar y reconfigurar. Una suerte de silencio que es apropiado al discurso propio sobre el modo de habitar dentro del barrio cerrado. De modo que los muros, lo duro, las delimitaciones de las configuraciones espaciales y funcionales de la arquitectura son solo formas para que los habitantes digan lo indecible a través de sus prácticas, lo blando, lo que desaparece apenas el sujeto deja de ejercerlas, permitiéndonos percibir diferencias de sentido, intención, emoción, etc. Aquí las prácticas son integradoras (interior + exterior), distintivas (casa + ciudad), y demarcativas (privado + publico).

² Moradia: habitación, residencia.

³ Arruado: que forma parte de la calle o dispuesto en el espacio público

Fuente: Vocabulário Ortográfico da Língua Portuguesa, quinta edição, 2009, <http://www.academia.org.br/nossa-lingua/busca-no-vocabulario>

Las categorías planteadas por Michel De Certeau (1999), nos permiten la visión simultánea de los aspectos duros y blandos de la casa, en cuanto abarcan tanto la producción como la apropiación del habitar. Hablamos de “lo duro” cuando tenemos en cuenta las configuraciones espaciales, el espacio objetivo y abstracto de la geometría, la generalidad y abstracción del programa. Este programa es una forma de ordenamiento espacial (que podría estar inscripto en una planta arquitectónica) indica qué se hace, mas no cómo se hace, permanece sin usuario ni espectador. Aparecen separados de la práctica humana.

Por otro lado, cuando nos referimos a “lo blando” se implican los modos singulares, subjetivos y diferenciales de las maneras de hacer y practicar el espacio, ya que este es siempre un espacio practicado desde una noción de cultura y de habitar donde el sujeto lo significa y le da sentido. De modo que la concepción pasiva del habitante que no aporta ni construye, con sus prácticas, modos de hacer y de significar el espacio, entran en tensión dos lógicas de la cultura de la creación del espacio: la producción (representado en este caso por el arquitecto) y apropiación (del habitante, también en condición de autoría).

Se suman a estas nociones, la de otro mundo de Da Matta (1997) respecto a los espacios intermedios denotando algo inequívocamente desconocido para nosotros cuando invocamos lo “intermedio entre ciudad y casa”. Esta incomprendibilidad, puede ser revelada espacialmente, ya que, pese a que no hay nada concreto en este “entremedio”, aquello que constituye sus dos extremos tiene carácter muy corpóreo.

Así como las representaciones no definen por completo las prácticas de las personas, tampoco la arquitectura. Pese a su carácter tectónico, no las condena a un formalismo, opacidad y confinamiento. A pesar de conformarse como “lo duro”, se habilitan a que las prácticas sean infinitas. No vemos la casa como objeto, sino que vemos su relación con las prácticas del sujeto. Estos espacios que se erigen en la indefinición y casi residualidad, emergen desde sus sedimentos. En este sentido, los espacios “arruados” y domesticados de la vivienda, constituyen su loci bajo un concepto clave que es el de gradaciones. Por ejemplo, la infinita escala de grados cromáticos entre el blanco y el negro o los innumerables valores entre el 0 y el 1. El espacio no es capaz de cambiar de 0 a 1 binariamente de inmediato, sino que enriquece mediante todos los gradientes nuevas formas de espacio intermedias: interior/exterior, mueble/arquitectura, privado/público, casa/calle, materia/espacio, comprensión/incomprensión, dinamismo/inmovilidad. Innumerables multitudes de conceptos que tienen gradientes de posibilidades encierran significados que ayudan a la comprensión directa de la existencia humana. Construyendo, a su vez, otros espacios en esos procesos de apropiación.

Según estas interpretaciones, estos lugares tienen además un orden y propósito espaciales que son explícitos y específicos, que es regular el acceso y visibilidad de gente y objetos en los dominios privados y públicos. El papel de transición de es un componente espacial fundamental en cuanto a los dominios públicos y privados del ser social del habitante, en cuanto a que todo el espacio exterior compartido que se encuentra más allá de la puerta de entrada de cada vivienda es libremente accesible y visible, mientras que el espacio interior privado no es ni libremente accesible ni visible. Esto considera la transición del dominio público y exterior de las áreas residenciales a los espacios privados interiores de la vivienda en términos del modelo socio-cultural subyacente. En este sentido, el diseño de una vivienda es el escenario en el que los habitantes crean su vida doméstica cotidiana y en el que establecen contactos con la comunidad más extensa. El modo como se lleva a cabo no depende solamente de las características espaciales de las viviendas, sino de otros factores que incluyen las metas, los propósitos y la experiencia residencial anterior de la gente. Por lo tanto, el estudio de la organización del espacio doméstico debería ampliarse para incluir un análisis de cómo se comporta la gente según normas y reglas y códigos y controles, dotados de valores y significados. En general, ambos tipos de reglas, que pueden estar siempre cambiando durante largos períodos de tiempo, ayudan a definir la cualidad de los espacios intermedios. Lo cual es valioso para comprender cómo se construyen las clasificaciones y

las jerarquías cruzando las propiedades sociales objetivas de los sujetos y las representaciones, que las clases o grupos ofrecen de sí mismos.

Basta con tener presente que los bienes se convierten en signos distintivos, desde el momento en que son percibidos relacionamente, para ver que la representación que los individuos y los grupos manifiestan inevitablemente mediante sus prácticas y sus propiedades forma parte integrante de su realidad social. Entonces, estas representaciones se comparten y se socializan y se incorporan a los individuos, dependiendo de su origen, trayectoria y pertenencia, asociándose con dominaciones que son posibles gracias a la perpetuación de las representaciones que fundan su legitimidad. Sin embargo, existen lugares, donde se agrietan o fracturan, que es cuando es pensable la crítica y la ruptura, sometiendo la coerción de su eficacia a prueba. Entonces el sujeto se dispone a pensar el modo de habitar o a pensarse.

Pensamientos finales

Es inherente a la determinación de lo cotidiano plantear el uso de una herramienta muy importante, que es el estudio de las contradicciones. Para ello, estudiando no sólo la teoría producida en referencia a estos temas, sino las prácticas en las situaciones concretas, cuyos datos se recolectan mediante el trabajo de campo, tomando como marco de referencia la vida cotidiana, tratando de entender cómo las teorías construidas en torno a las situaciones van de la mano o no con las prácticas. Por eso el investigador, desde una posición crítica debiese tratar de demostrar cómo las teorías y las prácticas son constitutivas y determinantes, permitiendo que el trabajo de campo aporte las informaciones sobre las cuestiones, sin dejar que ninguna de las partes se sobreponga irreflexivamente.

Mediante estas palabras, no se quiere decir que no son importantes los trabajos macroestructurales, estadísticos y cuantitativos ya desarrollados (y por desarrollarse). La profusa producción teórica sobre el tema ha sido sumamente útil para caracterizarlo y encontrar brechas inexploradas; parafraseando a Zygmunt Bauman (2007) estos tipos de conocimiento ideales no son descriptivos de la realidad, sino que las herramientas utilizadas para analizarla son buenas para hacernos pensar. Por ello, nuestro conocimiento de la realidad se replantea a partir del conocimiento de otros, que complementa este tipo de indagación.

Mas esta clase de estudios no siempre son verificados en la realidad, sino que siguen operando con una fuerte retórica y son utilizados para reproducir un statu quo académico, donde los sujetos quedan invisibilizados. A partir de un enfoque etnográfico, prolongado, crítico y comprometido es posible apreciar la propia capacidad de organización y realización de nuevas condiciones de producción de prácticas de los protagonistas de la vida en un barrio cerrado. Nos impone a los investigadores sumar a la observación: los procesos de resistencia, de reivindicación, de recuperación de capacidades, redescubrimiento de habilidades, de restablecimiento de vínculos sociales, redefinición de las propias identidades frente a las representaciones creadas por otros, etc. y, por ende, reivindicar también la autoría de los habitantes en sus propios espacios a través de las prácticas.

El propósito central de este artículo, como se plantea desde un inicio, no muestra resultados concretos de un trabajo de articulación teórica y de campo extendido en el tiempo, sino que representa el itinerario metodológico-conceptual seguido y sus primeras aproximaciones, para definir el objeto de estudio. Por ello, el dispositivo metodológico propuesto, que son los límites y sus gradientes, son un punto de partida para el análisis, puesto a prueba en futuras visitas a campo.

El desafío en torno a todo lo que no conocemos de la vida en los barrios cerrados, es intentar comprender qué sentido toman las actividades cotidianas para los sujetos que las realizan y cómo se construyen simultánea y recíprocamente las representaciones de los espacios de vida que las albergan y los sentidos que le dan los sujetos a unas y otros en diálogo. El análisis distingue en los discursos donde se configuran diferentes identidades de barrio en relación a múltiples factores que tienen que

ver con concepciones de ciudad, de política, de seguridad, de modo de vida, distinción, etc. asimismo comienzan a destacarse rasgos comunes asociados a una reivindicación de los saberes de la gente común que son sabios por vivirse cotidianamente. Ese saber legitima a los habitantes en un modo de habitar, concordante con el estilo de vida country o no. Considero que hasta ahora el trabajo evidencia que la naturalidad que posee hoy la figura y representación del estilo de vida country es un efecto del discurso que nunca está exento ni escapa a la conflictividad o tensión.

Como avance futuro se plantea, desglosar como se interpela a los habitantes, atendiendo a las legitimaciones de discurso y las exclusiones que forman a diario al espacio de la ciudad y los modos de habitarla. Se cree necesaria una perspectiva etnográfica y crítica, enfocándose en los discursos y prácticas de las personas que residen en estos conjuntos privados, con el objetivo de comprender su modo de vida; ya que, en definitiva, las experiencias de estos sujetos son más complejas de lo que suponen los planteos teóricos. De esta manera, se podría revelar la heterogeneidad presente en los conjuntos residenciales privados en donde "... si bien el vecino no es una persona anónima por el hecho de la proximidad y la visibilidad, tampoco suele estar totalmente integrado en relaciones electivas" lo que lleva a reconsiderar la noción de "comunidad de afines" supuestamente presente en estas urbanizaciones cerradas.

Referencias bibliográficas

- ARIZAGA, M. C. (2004) Espacialización, estilos de vida y clases medias: procesos de suburbanización en la RMBA. En *Perfiles Latinoamericanos*, Revista de la FLACSO, Sede Académica México, Año 12, Nro. 25, ISSN 0188 7653, 43- 58.
- APPADURAI, A. (1986) *Commodities and the Politics of Value*. In *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective*, edited by A. Appadurai, pp. 3-63. Cambridge University Press, Cambridge, UK.
- BALLENT, A. (2014), *Country life. Los nuevos paraísos, su historia y sus profetas*. En: *La casa y la multitud. Vivienda, política y cultura en la Argentina moderna*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. Pp. 627 – 653
- BACHELARD, G. (1965) *La Poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- BOHIGAS, O. (1969) *Contra una Arquitectura Objetivada*, Ed. Seix Barral. Barcelona.
- BOLLNOW, Otto F. (1969). *Hombre y Espacio*. Editorial Labor. S.A. Barcelona, España.
- BOURDIEU, P. (1991), *El sentido práctico*, Madrid, Taurus.
- BOURDIEU, P. (2005). *Las Estructuras Sociales de la Economía*. Buenos Aires, Ediciones el Manantial.
- BURAGLIA, P. (1995), *Modernidad y transformación socioespacial del barrio bogotano*. Conferencia presentada en el Seminario "Santa Fe de Bogotá de la crisis delirante a la crítica concertada". Universidad La Gran Colombia-Universidad Antonio Nariño. Santa Fe de Bogotá. 1995
- CARMAN, M. (2006), *Las trampas de la cultura. Los "intrusos" y los nuevos usos del Barrio de Gardel*, Buenos Aires, Paidós.
- CLÉMENCE, A. (2001) *Social positioning and social representations*. En Deaux, K. Y Philogène, G. (Editores), *Representations of the social. Bridging teoretical traditions*, pp. 83-95. Massachusetts: Blackwell Publishers.
- CLIFFORD, J. (2003) [1988], *Sobre la autoridad etnográfica*. En *El surgimiento de la antropología posmoderna*, compilado por C. Reynoso, pp. 141-170. Gedisa, México.
- ELIAS, N. (1982), *La sociedad cortesana*, México, Fondo de Cultura Económica.
- ELIAS, N. (1994), *El proceso de la civilización. Investigaciones socio-genéticas y psico-genéticas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- DA MATTA, R. (1997), *Casa, rua e outro mundo: o caso do Brasil*. En: *A casa & a rua. Espaço, cidadania, mulher e norte no Brasil*. Rio de janeiro: Rocco.

DUHAU, E. y Á. GIGLIA (2008). *Las reglas del desorden: habitar la metrópoli*. Siglo XXI Editores. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco.

FARR, R. (1986). Las representaciones sociales. En Moscovici, S. (Comp.), *Psicología social, II. Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales*, 495-506. España: Paidós.

GIROLA, M. F. (2005), Tendencias globales, procesos locales: una aproximación al fenómeno de los conjuntos residenciales con seguridad de la región metropolitana de Buenos Aires. *AIBR. Revista de antropología iberoamericana*, 43, Madrid, septiembre-octubre 2005.

GOFFMANN, E. (1959). *The Presentation of Self in Everyday Life*: Anchor Books New York, NY.

GUBER, R. (1991), *El salvaje metropolitano*. Legasa, Buenos Aires.

GUBER, R. (1994), *La relación oculta. Realismo y reflexividad en dos etnografías*. Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, Siglo XIX: 37-66.

GUBER, R. (2001), *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Norma, Buenos Aires.

HELLER, A. (1991), *Sociología de la vida cotidiana*, Península, Barcelona.

LINDÓN, Alicia (2000) (Coord.), *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*, Anthropos-CRIM-El Colegio Mexiquense, Barcelona, 2000, 237 págs. (Colección Autores, Textos y Temas, núm. 24

LINDÓN, A. (2006), *La casa búnker y la deconstrucción de la ciudad*. En: *Rev. Liminar. Estudios sociales y humanísticos*, diciembre, año/vol.IV, número 002. Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas. San Cristóval de las casas, Mexico. Pp 18-35.

DE CERTEAU, M. (1987) *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana.

DE CERTEAU, M. (1999), *La cultura en plural*, Nueva Visión, Buenos Aires.

HOWARTH, D. (2005), *Aplicando la teoría del discurso: el método de la articulación*, *Studia Politicae*, N° 5, pp. 37-88.

FOUCAULT, M. (1992), *Arqueología del saber*. Buenos Aires, Siglo XXI.

PIRES RÍO DO CALDEIRA, T. (1997), *Enclaves fortificados: a nova segregação urbana*, en *Novos Estudos*, 47, marzo.

LACLAU, E. Y MOUFFE, Ch. (1987), *Hegemonía y estrategia socialista*, Buenos Aires, Siglo XXI.

LIERNUR J. (2014) *Una aproximación a los estudios culturales e históricos sobre la vivienda moderna*. En: *La casa y la multitud. Vivienda, política y cultura en la Argentina moderna*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, pp. 43 a 54.

SENNET, R. (1976), *Vida urbana e identidad personal. Los usos del desorden*, Barcelona, Península.

SENNET, R. (2000), *La corrosión del carácter*, Barcelona, Anagrama.

SVAMPA, M. (2001), *Los que ganaron. La vida en los countries y en los barrios cerrados*, Buenos Aires, Biblos.

SVAMPA, M. (2002), *Las nuevas urbanizaciones privadas. Sociabilidad y Socialización. La integración social "hacia arriba"*, en *AAVV, Sociedad y Sociabilidad en Argentina de los '90*, Buenos Aires, Biblos-Universidad Nacional de General Sarmiento.

THUILLIER, G. (2005), *La ciudad privada. En Barrios cerrados, nuevas formas de fragmentación espacial en el Gran Buenos Aires*, Municipalidad de Malvinas Argentinas; pp. 80-93.

Bibliografía de imágenes

FIGURA 1 | *Alteration to a Suburban House, 1978* en Dan Graham: *Public/Private*, Filadelfia, Galería Goldie Paley, 1993, p 36. (La traducción es propia) | Recuperada en <http://bordercrossingsmag.com/article/dan-graham-mirror-complexities> el 21 de mayo de 2016.